

Pero a pesar de los errores, la publicación de estas cartas es un gran aporte a los estudios mattianos, palmianos y del siglo XIX peruano. Mucha de la información que contienen las cartas, si se analiza seriamente, podría cambiar las interpretaciones críticas de algunos aspectos en la obra de Matto que ya tienen una larga tradición y que se aceptan sin ningún cuestionamiento. Entre lo novedoso está el hecho de que fue Ricardo Palma quien, a pedido de la propia autora, leyó el manuscrito de *Aves sin nido* y le dio el “visto bueno” a la publicación de la que sería la novela más importante de Matto. Palma es, entonces, mucho más importante en la formación de Clorinda Matto como escritora, mucho más importante que Manuel González Prada, a quien se le ha dado un peso que en este caso no tiene.

Christian Fernández
Louisiana State University

Moraña, Mabel. *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*. Barcelona: Herder Editorial, 2021, 368 pp.

A pesar de que uno de los más recientes libros de Mabel Moraña se titula *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*, este, en realidad, no sólo piensa al cuerpo, sino que lo siente y lo exhibe a lo largo de sus páginas para teorizarlo de una forma en que lo abre a sus distintas posibilidades durante su paso por la tierra. Enfocado principalmente en el cuerpo latinoamericano, el texto extiende vínculos hacia la concepción del mismo en Europa, dada la impronta que esta dejó durante los

procesos de colonización, donde se forjó un ordenamiento y una jerarquización de razas, géneros y clases sociales que se han mantenido a lo largo de la modernidad y posmodernidad en Latinoamérica. Dicha concepción, sin embargo, ha sido afectada tras eventos históricos y sociales ocurridos en el continente, al igual que por la emergencia de perspectivas teóricas y métodos de análisis como el marxismo, que definió al cuerpo como “principio de productividad y de potencial emancipación colectiva” (40).

En esta última entrega, la académica uruguaya entra a tallar en la construcción de ciertos discursos que han marcado —y que continúan marcando— a ciertos cuerpos desde la Colonia y la fundación del estado-nación latinoamericano hasta nuestros días. Este es el caso del cuerpo de la mujer indígena, “vista desde los imaginarios criollos como figura que encarna la posibilidad de redención y sacrificio y como personificación de la pureza”, o el de la mujer negra a la cual “se le asocia con la nutrición, el desamparo y la lujuria” (71). Estas narrativas originadas desde los imaginarios nacionales inscritos y perpetuados en los cuerpos latinoamericanos desde la colonia, han sido posteriormente traducidos en dispositivos de apropiación biopolítica, en tanto fueron, son y serán cuerpos subalternos, subsumidos por los discursos nacionales para “someterlo[s] y entrenarlo[s] en tareas y conductas útiles para el desarrollo nacional” (76).

Cabe mencionar que, como señala Moraña, los cuerpos de las mujeres negras e indígenas no han sido ni son los únicos marcados. Hom-

bres afeminados, homosexuales, travestis y lesbianas fueron definidas y definidos por los conquistadores como cuerpos-aberraciones y como obstrucciones al proyecto nacional por los criollos y entes foráneos encargados de fundar las nuevas naciones latinoamericanas, negando, así, lo que había antes. Según comenta la travesti, activista y escritora chilena Claudia Rodríguez en otro texto, “aquí había otras sexualidades, otras maneras de vivir los géneros y la sexualidad, de vivirse los cuerpos en armonía” (en *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena*, de Marlene Wayar, Buenos Aires: Muchas Nueces, 2019, p. 30). Dicha armonía fue rota con la llegada de los conquistadores, provocando que existan en Latinoamérica “sujetos como las travestis y las comunidades originarias que hemos sido víctimas y seguimos siéndolo” (Wayar, *Travesti* 109) a lo largo de la historia. De ahí las similitudes entre las comunidades *trans*, travestis, homosexuales, lésbicas y las poblaciones originarias, las cuales siguen hasta hoy padeciendo de la victimización del Estado, pero también de distintos entes e instituciones de la sociedad latinoamericana, en tanto viven bajo un constante estado eugenésico, intensificado, a través de reformas neoliberales y biopolíticas que Moraña revisa en su libro. A esto habría que agregarle la impronta que han dejado y continúan dejando las diversas representaciones culturales que se han llevado a cabo históricamente sobre estos cuerpos subalternos. La autora uruguaya estudia, por ello, la importancia de la representación, recordándonos que “toda representación es política, en el sentido en que

manifiesta posicionamientos estético-ideológicos sobre lo representado” (212).

Las convenciones sexuales y de género son exhaustivamente abordadas por Moraña en el capítulo titulado “Cuerpo/género/sexualidad”, sobre todo en lo concierne a sus implicaciones emocionales, físicas y psicológicas. En diálogo con Judith Butler, Teresa de Lauretis, Monique Wittig, entre otras especialistas del tema, la crítica uruguaya repasa el concepto de lo *queer* y las formas en que las prácticas homosexuales, lésbicas, bisexuales, transexuales y transgenéricas “diversifican las formas de concebir la dimensión corporal y las relaciones entre biología, sexualidad y género” (121). Con ellas, Moraña considera la importancia de los análisis y propuestas interseccionales que desde los feminismos y teorías sobre la masculinidad —aquí la autora trae a Pierre Bourdieu— detectan y cuestionan la hegemonía del “hombre blanco como representante y detentador del poder político, cultural y epistémico” (124). Moraña extiende estas propuestas al colocarlas en diálogo con otras, como las del filósofo francés Michel Foucault, a quien acude a lo largo del libro para articular los vínculos entre cuerpo y sexualidad, aunque también los de vigilancia y poder. En esta sección, la autora señala las particularidades del cuerpo en su dimensión política y en posicionamiento frente al poder (hétero)normativo, siendo sumamente aguda y crítica en analizar los diferentes espacios sociales que se le atribuye a distintos cuerpos, llegando a estimar muchos de ellos, “cuando se lo[s] considera un *surplus*

que no vale el espacio que ocupa” (14), desechables.

Así, *Pensar el cuerpo* expone a sus lectoras y lectores a la compleja realidad del cuerpo material y los vínculos que mantiene con cualquier estudio de la experiencia humana, la historia y la cultura. Esto en la medida en que el cuerpo le pertenece a lo social. De ahí que Moraña explore al cuerpo como algo que nos pertenece y no. Señala la autora: “nos hacemos la ilusión de que hablar del cuerpo es hablar de nosotros y sabemos, sin embargo, que una distancia inapresable nos separa de su extraña y variable fisicalidad” (13). Y es en esta discusión de nuestra no pertenencia del cuerpo cuando se revisita el trabajo teórico y crítico realizado por feministas marxistas como Gillian Rose, Donna Haraway y Elizabeth Grosz. Esta nueva entrega de la crítica uruguaya, pues, es un gran mapa en el que se identifican los y las principales crítico/as, teórico/as y filósofo/as que en su hacer se han ocupado y se ocupan del tema del cuerpo. Cabe mencionar que no es que Moraña simplemente los y las nombre, por el contrario, los y las estudia enfatizando su pertinencia al campo de los estudios sobre el cuerpo y sus derivados como son, por ejemplo, temas de raza, género, sexualidad y clase social.

Llama particularmente la atención la relevancia que la autora otorga al modelo binario —masculino/femenino, *homo sapiens/homo socialis*, entre otros—, el cual se aplica en muchos planos de la existencia del cuerpo y limita sus posibilidades existenciales, castigando, además, a aquellos cuerpos que transgreden dicho modelo. En un cuestiona-

miento del binomio masculino/femenino, por ejemplo, inscritos en cada cuerpo naciente, Moraña se dirige a una serie de esferas, campos y escenarios donde este binomio genera diferencias y violencias. Así, en el capítulo “Cuerpo y espacio”, la académica señala que “los espacios y los movimientos no son los mismos si provienen de un cuerpo femenino o si lo hacen de un cuerpo masculino, si el cuerpo es relacionable con determinadas marcas de género y orientaciones sexuales, de etnicidades, clases, etc.” (53). Moraña da en el clavo al adentrarse en esto ya que como lo demuestran las altas tasas de *feminicidios*, *transfeminicidios*, y *travesticidios* en América Latina y demás continentes, ciertas distribuciones se legitiman en base a las diferencias biológicas que son tomadas desde pensamientos fijos. Sin embargo, nos advierte la autora, estos binomios no son los únicos, están también los binomios joven/viejo, legal/ilegal, blanco/no blanco que generan que ciertos cuerpos sean colocados en las periferias de lo social y por lo tanto sean excluidos, marginalizados, y muchas veces eliminados de forma simbólica y literal. Estas condiciones llegan a manifestarse incluso en el espacio virtual, el cual, como expresa Moraña, “no significa que no sea real, sino que no lo es en el sentido tradicional” (62).

A este respecto, Moraña entra en diálogo con cuestiones teológicas y espirituales, explorando la relación entre alma y cuerpo, exponiendo a este último como “plataforma de lanzamiento para algo que imaginamos distinto y superior y que llamamos alma” (16). La autora nos recuerda sobre la temporalidad del

cuerpo, su esencia cambiante y efímera, como cuestionando aquellas posturas identitarias fijas y estancas antes mencionadas que, desde el Estado, las instituciones y la sociedad, ensayan posturas definitivas en cuanto a este. El cuerpo, como lo nombra Moraña, es algo vivo que se manifiesta, “el cuerpo nos irá haciendo saber qué desea y qué necesita, cuáles son sus dolencias y sus temores” y con el cual mantenemos (¿desde nuestras consciencias?) una comunicación en tanto, como señala la autora “le haremos saber ... en qué grado y dentro de qué parámetros podemos complacerlo” (23). Esto en la medida en que la noción, necesidades y deseos del cuerpo van variando a lo largo de la historia. Las distintas concepciones que se han tenido sobre este, pues, han sido impactadas, por ejemplo, por la tecnología y el incremento de las desigualdades. Como la misma Moraña sugiere, “este libro quiere rescatar rasgos del amplio espectro de visiones y versiones sobre el cuerpo” (15), tomando en cuenta los diferentes discursos que lo interpelan y que resuenan de forma particular para cada una de nosotras y nosotros en la medida en que sendos discursos han provisto “pautas para la construcción mental de nuestra corporalidad” (22). Al indagar en este aspecto, la autora trae a De Certeau a sus páginas, quien compara cuerpo y lenguaje, señalando que tal multiplicidad es la que hace al cuerpo (23).

Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo cierra con tres temas que considero son de mayúscula relevancia y actualidad, como son la violencia que se inscribe en aquellos cuerpos que buscan ser dominados,

subsumidos, castigados o eliminados. Moraña vuelve al feminismo para destacar los aportes que este movimiento ha tenido históricamente en el estudio del cuerpo de la mujer, pero también en el activismo que busca frenar y denunciar la violencia que se le inflige, siendo la administración del aborto por parte del Estado una de sus formas más cruentas. Otro de los temas que cierra el libro y que se conecta al de la violencia, es el vínculo entre cuerpo y frontera en cuanto a que el tema de la migración, la ilegal especialmente, ha puesto sobre el tapete, otras formas de violencia que se ejercen sobre ciertos cuerpos y que se justifican a través de mecanismos que procuran dolor. Este último es otro de los temas finales que aborda el texto, analizando prácticas como la tortura y la violación sexual que procuran un dolor en los cuerpos que sobrepasa el instante en el que sucede, pues abundan los testimonios sobre secuelas como la PTSD, los ataques de pánico y los suicidios que le siguen a estas formas de violencia, todavía tan comunes en nuestras sociedades.

Mabel Moraña ha producido un texto-cuerpo que desde su finitud y límite se explaya para continuar la lucha por la liberación del cuerpo, por la equidad y respeto hacia todos los cuerpos desde un lenguaje que, creo yo, se abre a la afectividad que anuncia otros modos posibles de experimentarlos.

Erika Almenara
University of Arkansas